

Cien miserables pesetas

Las fotografías tomadas por Isabel nunca dejaron indiferente a quienes fueron partícipes de su obra. Su hijo, Alberto, tuvo una conversación con una mujer fotografiada por su madre cincuenta años atrás.

—“Iba con mi padre al cine a ver *La Cabina* cuando ella nos detuvo para captar nuestro reflejo en un charco en la avenida. Ella también aparece en la foto. Pero mira”—dijo, señalando a una cuarta persona—. “Horas después, ese hombre que aparece ahí, ¿lo ves? Mató a mi padre por cien miserables pesetas que llevaba el pobre mío.”

Esa noche, Alberto revisó muchas de las fotografías de su madre. En su último autorretrato, ella posaba frente al espejo, vestida con el camisón con el que había pedido ser sepultada. A la mañana siguiente, Isabel no despertó. Un escalofrío recorrió a Alberto.

Mientras conducía de regreso a casa, buscó un paquete de cigarrillos en la guantera, cayendo también una fotografía. En ella, aparecía él mismo conduciendo, mirándose en el retrovisor... y, en el reflejo del asiento trasero, su madre. Sobresaltado, giró bruscamente para mirar atrás. Solo hubo un destello antes de que todo se fundiera en negro.